

# Prefacio

Ser diferente no siempre es sencillo; no lo fue tampoco en las sociedades antiguas, menos aún, por varias razones, en la antigua cultura de la India, el tema de este libro. Pero dificultad no es sinónimo de ausencia; es, más bien, una condición determinada por una expectativa ortodoxa; en función de ciertos principios, valores o preceptos canónicos; a la luz de aquello que se considera como modelo y estándar. De entrada, esto significa que, lejos de entender la cultura clásica de la India en abstracto, conforme a ciertos ideales universales o dominantes, los ensayos en las páginas siguientes prestan atención precisamente a la diversidad, el cambio y la alteridad, así como a las estrategias para lidiar con la diferencia.

La fórmula “el loto en el estanque”, en el título del libro, evoca metafóricamente este complejo intercambio de fuerzas y propone un horizonte de comprensión más allá del estereotipo moderno. De acuerdo con ese estereotipo, la India es un mundo prístino, a la vez íntimo y exótico, donde el tiempo parece detenerse y el sentido se renueva. Es el loto —símbolo de pureza y perfección— de la espiritualidad oriental.

Este libro resiste el hechizo y nos invita a alzar la vista para mirar el cuadro completo: el vasto estanque en el que ese fantástico loto hunde su raigambre, del que se alimenta y donde florece; un estanque en el que pueden crecer varios otros lotos, cada uno con un esplendor propio, así como otros tipos de plantas, o que puede además estar conformado por aguas abiertas, sin lotos, hogar de toda clase de criaturas, aéreas y submarinas;

un estanque de claroscuros, con zonas luminosas y nucleares, y otras remotas y marginales.

La invitación no se reduce, desde luego, a simple trueque: negar el loto y ensalzar el pantanal. La apuesta es más bien por una mirada de conjunto, en lo uno y lo múltiple, en el canon y la diversidad, en la identidad y la diferencia, en la tradición y la novedad, en lo sagrado y lo profano; una mirada capaz de aprehender la cultura clásica de la India como un ecosistema único y complejo, constituido por dinámicas que responden a un ambiente común y guardan una relación entre sí, y que, no obstante, pueden al mismo tiempo presentar rasgos únicos; donde hay vasos comunicantes y dependencia mutua, pero también grietas, puntos de fuga y disidencias.

Una mirada así constata pronto, entre otras cosas, que la India clásica desarrolló un sofisticado marco de referencia endogámico, una especie de universo intelectual inmanente formado por varios círculos concéntricos alrededor de núcleos dominantes —los lotos— en los ámbitos cósmico, ritual, social, conceptual, etcétera. Al resistir el influjo gravitacional que ejerce cada uno de esos núcleos, la visión de conjunto pone asimismo de manifiesto la trascendencia simbiótica de las periferias. En última instancia, el discurso canónico cobra pleno sentido no en relación consigo mismo (por más que insistan en ello los corifeos modernos del orientalismo, el nacionalismo hinduista, el yoga global y tantos otros), sino en relación con las aspiraciones comunes, las discrepancias, las tribulaciones y las fracturas que atraviesan el cauce histórico de la India. Para decirlo de manera sucinta, se sueña con la liberación en medio tanto de la agonía como de los deleites del *samsara* (*samsāra*).

Cabe leer el libro, por lo tanto, como una introducción alternativa a la cultura clásica de la India, que recoge el intercambio, a menudo implícito, entre diferentes actores y audiencias en la construcción de ciertas ideas, tanto canónicas como marginales. Con ese fin, el volumen recoge siete trabajos previamente publicados que revisé a fondo y depuré de su excesivo academicismo (los detalles pueden verse en la nota editorial al final del libro); además, incorpora tres reflexiones inéditas (los capítulos cuarto, séptimo y noveno). A estos diez ensayos sigue una sección de traducciones que da fe de mi manera de estudiar la India, en los términos de las propias

fuentes, y refleja una faceta central de mi labor. Las cinco traducciones incluidas, todas acompañadas por una presentación, son las primeras directas del sánscrito al español, algunas de ellas de episodios clave en obras como el *Rāmāyaṇa*, el *Mahābhārata* y el *Nāṭyaśāstra*. Completé cuatro de ellas de manera expresa para este libro y solo la última, *Sátira de nuestro tiempo*, apareció con antelación.

Con excepción de un breve *excursus* por la filosofía a propósito de las dudas sobre la existencia de dios (en el capítulo octavo), el lector notará el predominio de los testimonios literarios como vía de análisis, comenzando en los primeros siglos de la era común, no por casualidad el periodo decisivo para la conformación de la cultura clásica de la India, cuando la lengua de los dioses, el sánscrito, descendió al plano de los mortales, para citar a Sheldon Pollock, y se convirtió en lengua culta, posición que mantuvo con convicción a lo largo de un milenio e incluso más allá, bajo el auspicio de la corte mogola.

Al respecto, la fórmula “India clásica” se usa en un sentido amplio para hacer referencia no tanto a una temporalidad bien delimitada — normalmente el periodo Gupta, entre los siglos IV y VI de nuestra era—, sino precisamente al ethos que posibilitó y guio la producción intelectual sánscrita a lo largo del primer milenio de nuestra era. A través de este amplio espacio temporal, el libro revisa, en primera instancia, el proceso mismo de asimilación del cambio cultural en la forma de un discurso fundacional que legitima la creación literaria frente al canon religioso. La representación del *Rāmāyaṇa* como el poema primordial (primer capítulo) y el mito sobre el origen del arte dramático (segundo capítulo), así como las traducciones correspondientes en los capítulos once (los cantos iniciales del propio *Rāmāyaṇa*) y doce (los libros primero y último del *Nāṭyaśāstra*, el gran tratado sánscrito sobre dramaturgia), dan forma a esa reflexión inicial. Tras esto, el libro explora, aún dentro del horizonte narrativo del *Rāmāyaṇa*, la representación del “otro” según los extremos del horror y la fascinación asociados con lo demoniaco (tercer capítulo), y luego, siguiendo la ruta trazada por estas fisuras, recalca en el dilema abierto ya en el *Mahābhārata* sobre la identidad y el sentido de la existencia en un mundo cambiante (cuarto capítulo). La traducción íntegra de los dos últimos libros del propio *Mahābhārata*, en el capítulo trece,

complementa esta importante escala de nuestro recorrido. A partir de este punto, las opciones se multiplican. En particular, el libro estudia las disparidades del motivo amoroso (capítulo quinto), las paradojas de la identidad femenina encarnadas literariamente en la figura de la prostituta (capítulo sexto), la crítica social y religiosa inspirada en la marginalidad de heterodoxias como el tantra (capítulo séptimo) y expresiones radicales de alteridad como el materialismo, el hedonismo y el barbarismo (capítulo noveno). Las traducciones en el capítulo catorce, la farsa en un acto *El santón y la cortesana (Bhagavadajjukam)*, y en el quince, *Sátira de nuestro tiempo (Kaliviḍambanam)*, ilustran desde diferentes ángulos el contenido de todos estos ensayos. El noveno de ellos conduce a la última frontera, a la representación del “otro” por antonomasia, el extranjero. De manera elocuente, el décimo y último ensayo explora la situación inversa durante el Imperio mogol, con la alteridad extranjera ocupando el centro, y la identidad, la periferia.

Por último, valga señalar aquí mismo que, para conveniencia del lector, al final del libro se incluye una cronología aproximada de las fuentes primarias citadas, así como una guía simple sobre la escritura y pronunciación del sánscrito.

\*\*\*

Este libro es el fruto de una década de reflexión sobre la cultura clásica de la India, desde mi ingreso como investigador a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). A lo largo de ese periodo, además de la UNAM, varias instituciones me brindaron su generoso apoyo para llevar a cabo esta labor. En especial, quiero reiterar aquí mi agradecimiento a la Universidad de Chicago, a la Universidad de Florencia y a la École Française d’Extrême-Orient, en Pondichéry, India.

Dentro de la UNAM, agradezco en especial la confianza de Alicia Girón, directora del Programa Universitario de Estudios sobre Asia y África, y de Fernando Lozano, director del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, así como el apoyo experto de los equipos editoriales de ambas instituciones: Andrea Reyes, José Luis Maya, Fernando Garcés, Mario Islas, Irma González y Aracely Loza.

Valga la ocasión para agradecer también a los extraordinarios maestros con los que he tenido la fortuna de estudiar y quienes me formaron de muy diversas maneras. Como he expresado otras veces, debo a Elsa Cross mi primer acercamiento a la India, hace casi treinta años. Vistas a la distancia, las semillas que sus clases sembraron no solo echaron raíces: revolucionaron mi visión del mundo hasta convertirse en destino. Para empezar, mi recién descubierta vocación se nutrió de la sabiduría de Rasik Vihari Joshi, quien, a lo largo de dos años, todas las mañanas de lunes a jueves, en lecciones que eran un despliegue no solo de erudición y memoria, sino asimismo de ingenio y grandilocuencia, me enseñó los fundamentos de la lengua sánscrita. Benjamín Preciado, por su parte, me introdujo a la lectura de obras especializadas. Poco después, el “estudiante de Joshi” era recibido por Sheldon Pollock, cuyos cursos, en la favorable atmósfera académica de la Universidad de Chicago, pronto depuraron mi manera de entender la India. Yigal Bronner consolidó esa nueva perspectiva a lo largo de dos años, en los que leí bajo su guía un texto tras otro: clásicos como Kālidāsa o Subandhu, maestros del sur profundo como Appayya Dikṣita y Vedāntadeśika, o luminarias de Cachemira como Dāmodaragupta y Kalhaṇa. Yigal me animó además a enseñar sánscrito, y él y David Shulman me invitaron a colaborar en dos proyectos de traducción para la Clay Sanskrit Library. También en Chicago, de Steven Collins aprendí lo poco que sé de budismo, Gary Tubb desató el nudo de la prosa filosófica y Wendy Doniger me guio por el laberinto del *dharma* a lo largo de un trepidante semestre como único alumno y los tres últimos libros del *Mahābhārata* como objetivo. En Pune, Madhura Godbole y el equipo del American Institute of Indian Studies llenaron el silencio del estudio textual con expresión oral, recitaciones y métricas. En Benares, Mark Dyczkowski y Bettina Bäumer, cada uno a su manera, me inspiraron a sumergirme en el universo tántrico. En Firenze, Fabrizia Baldissera iluminó con erudición y sentido del humor los episodios satíricos de la literatura sánscrita. En Pondichéry, Dominic Goodall amplió mi entendimiento del culto a Śiva, tanto en el rito como en la doctrina.

Pero más allá de los aprendizajes particulares, una y otra vez el regalo más valioso ha sido el del gran ser humano detrás del especialista, la oportunidad de interactuar con personas que encarnan la inusual combinación

de erudición y nobleza, inteligencia y bondad. Honrado por la fortuna de haber estudiado con maestros así, en agradecimiento por lo que recibí de cada uno y a sabiendas de que la deuda es impagable, les dedico estas páginas con humildad y admiración. Desde luego, la dedicatoria es impensable sin un profundo sentimiento de gratitud hacia la India misma, el pequeño gran horizonte desde el que hoy invariablemente me relaciono con los demás y conmigo mismo; con el pasado, con el presente y con lo que existe más allá del tiempo; con lo inmediato y ordinario, y con lo extraordinario; con el estanque y con el loto.

4 de enero de 2021  
Coyoacán, México